

XXIV

DE COMO SALIENDO PARA VENECIA SE LLEGA
A FLORENCIA

Nada me detenía ya en Roma, habiéndola visitado, así como sus inmediaciones, al pasar por allí la primera vez. Tenía hechos todos mis preparativos: me despedí, pues, de mi huero y excelente Jadin, que pensaba permanecer allí un año con Milord; y oprimido el corazón con esta doble separación, abandoné la ciudad eterna en el mismo día, con intención de ir á Venecia. Pero es para Italia donde especialmente se creó el proverbio de: El hombre propone y Dios dispone.

Al día siguiente, habiéndose detenido el carruaje un momento en Civita Castellana para dar descanso á nuestro tiro, y aprovechando yo ese instante para recorrer la ciudad, dos carabineros me salieron al paso al tiempo

que intentaba yo descifrar una inscripción escrita en mal latín, al pié de una mala estatua. Estos señores me invitaron á ir á las oficinas de policía, á donde nuestro posadero, esclavo de las formalidades, había enviado ya mi pasaporte; fui allá con mucha tranquilidad, á pesar de lo que acababa de sucederme en Nápoles, y por más que en Italia semejantes invitaciones envuelven siempre algo de tenebroso y siniestro. Pero no hacía más que dos días que, como he dicho, había tenido el honor de ser recibido por Su Santidad: había pasado una hora con él, había tenido la bondad de invitarme á volver, me había separado con su bendición, y por tanto me creía en estado de gracia.

Encontré en la oficina á donde me condujeron á un señor que me recibió sentado con el sombrero puesto y las cejas fruncidas; antes que me hubiese dirigido una sola palabra, había yo tomado asiento, me había encasquetado mi sombrero hasta las orejas y arreglado mi rostro al compás del suyo. En Italia especialmente es preciso no tener para con los demás sino los miramientos que con uno se tienen; permaneció un momento sin hablar, yo guardé silencio; por fin cogió de un legajo de papeles un paquete dirigido á mi nombre, y volviéndose hácia mí, dijo:

— ¿Sois el señor Alejandro Dumas?

— Sí.

— ¿Autor dramático?

— Sí.

— ¿Y vais á Venecia?

— Sí.

— ¡Pues bien! caballero, tengo orden de conducirlos fuera de los Estados pontificios en el más breve plazo posible.

— Si quereis tomaros el trabajo de mirar mi pasaporte, vereis que vuestra orden concuerda perfectamente con mi deseo.

— Pero vuestro pasaporte está dado para Ancona, y como la frontera mas próxima es la de Perusa, no os extrañará que os haga tomar el camino de esta ciudad.

— Como queráis, caballero, iré á Venecia por Bolonia.

— Si; pero tengo aun que advertiros que en volviendo á poner los piés en los estados de Su Santidad, incurris en la pena de cinco años de galeras.

— Muy bien. Entonces iré por el Tirol; me queda tiempo.

— Sois de buen acomodo, caballero.

— Tengo la costumbre de no discutir acerca de las leyes sino con los que las hacen; de no insistir á dar órdenes sino frente á frente de los que las dan; de no considerarme insultado sino por mis iguales, y de no pedir satisfaccion sino á los que se baten.

— En ese caso, caballero, ¿sin duda no os negareis á firmarme este papel?

— Primero veamos.

— Me le presentó.

Era la certificacion de que se me habia dado la órden, la confesion que yo hacia de haber merecido aquella decision, y el compromiso á que me obligaba de no volver á poner los piés en los Estados romanos, sopena de cinco años de galeras. Me encogi de hombros y le volví el papel.

— ¿Os negais, caballero?

— Me niego.

— Permitidme que envíe á buscar dos testigos para hacer constar vuestra negativa.

— Enviad.

Los dos testigos llegaron y sirvieron para un doble empleo; no solo hicieron constar mi negativa sino que me dieron un testimonio de que habia rehusado; uní este testimonio á una carta al señor marqués de Tallenay, la cerré y entregándola al empleado de la policia de Civitta Castellana.

— Ahora, caballero, le dije, encargaos bajo vuestra responsabilidad de hacer llegar esta carta á su destino; está abierta; la policia romana no tendrá necesidad de romper el sobre.

— El empleado leyó la carta. Suplicaba yo en ella al marqués de Tallenay fuese á ver á Su Santidad, y le noticiase lo que acababa de sucederme en sus estados, recordándole la invitacion que él mismo me habia hecho de volver para la Semana Santa. El empleado me miró con aspecto de duda.

— ¿Habeis sido recibido ayer por Su Santidad? me dijo.

— He aqui la esquila de monseñor Fieschi que me concedia esa gracia.

— Y sin embargo, ¿sois el mismo señor Alejandro Dumas?

— Soy el mismo Alejandro Dumas.

— Entonces no lo comprendo.

— Como no es vuestro oficio comprender, tened la bondad, caballero, de limitaros á cumplir vuestro deber.

— Pues bien, mi deber, caballero, es por de pronto, haceros conducir mas allá de la frontera.

— Ordenad que se descarguen mis efectos del carruaje de Venecia, y haced venir un vetturino.

— Pero no debo ocultaros que os conducirán dos carabineros hasta Perusa, y no os será permitido deteneros ni de dia ni de noche.

— Conozco ya el camino, por consecuencia no tengo para que detenerme de dia. En cuanto á las noches lo mismo me da pasarlas en un carruaje limpio como en vuestras sucias posadas. Queda, pues, el peligro de los ladrones. Vos me dais una escolta. No cabe mas amabilidad. Estoy dispuesto á partir, caballero.

Hicieron venir á mi conductor, el cual me hizo pagar el asiento y el exceso del peso del equipage hasta Venecia, y

mandaron buscar un vetturino, que viendo que no tenia tiempo de discutir el precio de su calesa, me pidió 200 francos por llevarme hasta Perusa. Salia á cien francos por dia. Le entregué sus 200 francos y le hice firmar su recibo. Cuando le tuxe en mi poder, le hice ver que habia sido mas necio que ladron, puesto que podia pedirme cuatrocientos y yo me hubiera visto en la necesidad de dárselos sin replicar. El vetturino comprendió todo perfectamente y se arrancó los cabellos de desesperacion; pero no habia medio de volvere atrás de lo tratado, estaba firmado.

Un cuarto de hora despues iba y camino de Perusa, instalado á mis anchas en la calesa, y con mis dos carabineros en la zaga.

Al dia siguiente, por una misilla que comunicaba del interior al exterior, y por medio de algunas botellas de Orvietto que habian pasado llenas y volvian á entrar vacías, habla establecido tan buenas relaciones entre la zaga y el interior, que mis carabineros fueron los primeros á proponerme hacer una parada en la patria del Perrugino. Acepté, seguro como estaba por la esperiencia cuando pasé por alli la primera vez, de encontrar uno de los mejores hospedages de Italia. Por tanto di la orden al vetturino de conducirnos á la fonda de la Posta.

Esperaba yo que la vista de mi acompañamiento cambiaria algo las disposiciones de mi huésped; mas al contrario, se llegó á mi con paso mas precipitado y con un rostro mas placentero todavía que la primera vez: es que en Italia son especialmente las ideas las que se conducen á las fronteras, y la consideracion de un extranjero aumenta en razon del número de gendarmes que le escoltan. Tuve, pues, mejor acogida que un inglés que habia tenido la imprudencia de llegar solo, y la mejor habitacion y la mejor comida de la fonda fueron para mí.

En cuanto á los carabineros, que eran á la verdad excelentes mozos, les recomendé en la cocina.

El mismo huésped me sirvió á la mesa, cosa muy rara en Italia, donde jamás se ve al dueño de la fonda hasta el momento en que os presenta la cuenta; y aun algunas veces se evita este trabajo, y se contenta con esperaros con el sombrero en la mano, junto al estribo del carruage. Esta formalidad tiene por objeto preguntar si su señoría está contento, y obteniendo una respuesta afirmativa, pedir se le recomiende á los amigos de su escelencia.

Sin embargo, los viageros que se encuentren en la posicion que yo me encontraba, tengan cuidado con los fondistas que lessirvan por sí mismos: acaso no todos desempeñarán el oficio de reposteros trinchantes, con intenciones tan desinteresadas como las de mi amigo el fondista de Perusa, y algunas palabras imprudentes dichas entre la sopa y los macarroni podrian muy bien proporcionar para postres un número regular de gendarmeria local, con invitacion al ilustre viagero de ir á la carcel de la ciudad ó de continuar su camino, lo cual no libraria á su escelencia pagar la cama, como yo habia pagado el exceso de peso del equipage.

Pero en aquella ocasion no tenia yo que temer cosa semejante: hablamos mucho durante la comida, pero de cosas estrañas á la política, haciendo todo el gasto de la conversacion el Perugino y Rafael. A los postres me llevó mi huésped el programa del teatro.

— ¿Qué es eso? le dije sonriendo.

— El programa de las piezas que representan hoy los cómicos de la archiduquesa María Luisa.

— ¿Qué quereis que haga yo de ese papel si no me traeis cigarros con él!

— Creí que su escelencia iria acaso al teatro.

— Ciertamente, mi escelencia iria de muy buena gana; pero si no me engaño no le es posible en este momento hacer todo lo que la acomode.

— ¿Y por qué?

— Por los honorables carabineros que lleva de escolta.
 — Nada de eso, están á las órdenes que quiera darles, y le acompañarán donde quieran ir.

— ¡Bah! ¿de veras?

— ¿Es la primera vez que su excelencia ha sido arrestado desde que viaja por Italia? añadió con admiracion mi huésped.

— Perdonad, es la tercera (mi huésped se inclinó); para las dos primeras no he tenido tiempo de hacer estudios, puesto que me soltaron al cabo de una hora.

— ¿Presumo que su excelencia está dispuesto á dar á su escolta una buena propina?

— Dos ó tres escudos romanos, nada mas.

— Pues bien, entonces su excelencia puede ir donde quiera; paga como un cardenal.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! exclamé yo espresando mi satisfaccion en tres tonos diferentes.

— Voy á prevenir á los carabineros.

El huésped salió.

Dirigi la vista al cartel, y ví que se representaba *El asesino por amor á su madre*.

— ¡Diablo! dije, me hubiese disgustado no ver semejante obra. El asesino por amor á su madre; esto debe ser traducido del repertorio de Berquin ó de la Señora de Genlis. Vamos, esto debe costarme un escudo mas de propina, es preciso que yo lo vea. En aquel momento entraron mis dos carabineros; mi huésped los seguia detrás, se detuvo á la puerta de mi habitacion, de modo que su rostro, mitad bonachon, mitad picaresco, fuese iluminado únicamente por la luz de mi lámpara, y anunció á los carabineros de su excelencia. En cuanto á mis dos hombres, dieron dos pasos hácia la mesa, deteniéndose como delante de uno de sus oficiales, con el sombrero en la mano izquierda, retorciéndose el bigote con la derecha, mirada tierna como mosqueteros con las armas en la mano,

la pierna estendida como guardias franceses en la parada.

— ¡Hola, hijos míos! dije tomando la palabra el primero; he pensado que os seria agradable, á vosotros que no vais frecuentemente al teatro, ir allá esta noche. — Se miraron de reojo. — Por tanto, voy á mandar tomar un palco, vosotros estareis debajo de él; ¿os conviene así?

— Si, excelencia, dijeron mis dos hombres.

— Pues entonces vaya uno de vosotros á buscarme un palco, mientras el otro mandará que me suban un frasco de vino.

Mis carabineros se inclinaron y salieron.

— ¡Y bien! querido amigo, digo que conoçais el pais mejor que yo; ¿lo conseguisteis?

— Si, digo con un aire de satisfaccion sazonado con un grano de suficiencia; á Dios-gracias, he prestado algunos socórrillos de este género, desde hace quince años que tengo la fonda de la Posta. Esto no hace daño á nadie, antes al contrario, todo el mundo se encuentra bien, viajeros y carabineros.

— Y el dueño de la fonda, ¿eh?

— El negocio es para mis criados.

Me levanté y me incliné á mi vez ante mi huésped. Lo que acababa de decirme era exactamente la verdad. Aquel hombre excelente me habia prestado un servicio por el placer de prestármele.

Un cuarto de hora despues volvió mi mensajero con la llave de mi palco; cogi mi sombrero y los guantes, y bajé la escalera seguido por uno de mis centinelas; el otro le encontré á diez pasos de la puerta: así que me vió se puso en marcha, de modo que fuimos por la calle de la Carrera escalonados uno tras otro. A los diez minutos estaba instalado en mi palco, y mis dos carabineros en el patio.

Por el titulo de la obra, habia ido con la intencion de reirme de la pieza y de los actores: quedé, pues, admirado cuando desde las primeras escenas me cautivó una

exposicion interesante. Entonces reconocí á través de la traduccion italiana, el estilo aleman; no me habia engañado: asistia ó una pieza de Iffland.

Al segundo acto adquirió todo su desarrollo el papel principal; el que le desempeñaba era un jóven de veinte y ocho á treinta años, teniendo en su estilo mucho de la melancolia y del atractivo de Lockroy. Desde que estaba en Italia no habia visto nada que se aproximase tanto á nuestro teatro como la composicion y ejecucion escénica de aquel jóven. Busqué su nombre en el programa. Se llamaba Colomberti.

Cuando terminó el espectáculo, escribí tres lineas con lápiz. Le decia que si no tenia otra cosa mejor que hacer, le suplicaba fuese á recibir al palco número 20 las felicitaciones de un francés que no podía ir á dárselas al escenario, y firmaba.

Esto era tanto mas fácil cuanto que en Italia se baja el telon; sin que por eso los espectadores abandonen el salon; las conversaciones empezadas continuan, y las visitas se acaban; y una hora despues de la representacion todavía hay alguna vez quince ó veinte palcos ocupados.

Colomberti fué al cabo de un cuarto de hora; apenas habia tenido tiempo para cambiar de trage; conocia mi nombre, y aun habia traducido *Cárlos VII*; llegó, pues, según la costumbre de Italia, con los brazos abiertos. Habia estado en París en 1830, habia estudiado nuestro teatro, y acababa de obtener un gran triunfo en *Está loca*.

Hablamos largo tiempo de Scribe, que es el hombre á la moda en Italia como en Francia; por mi parte, hubiera creido que su talento, su imaginacion y finos modales perderian mucho en medio de un pais y de una sociedad estrangera. Pero nada de eso; Colomberti me detalló algunas de sus obritas, y vi que tenia, aparte el estilo y el lenguaje, una habilidad de construccion que las hacia con-

servar en otro idioma, sino su colorido, al menos su interés. Los directores de teatro han comprendido esto hasta tal punto, que ponen en escena, como hemos dicho, todas las obras bajo el nombre de nuestro ilustre colega, lo cual tiene tambien algunas veces sus inconvenientes.

Despues de haber pasado revista á casi toda nuestra literatura moderna, Colomberti se fijó en mí. Me dijo que mis obras estaban prohibidas desde Perugia hasta Terracina, y desde Piombino hasta Ancona. Se admiraba de que en un pais donde no podian entrar mis obras pudiese yo viajar con tanta libertad. Entonces le enseñé desde mi palco á los dos carabineros de pié en el patio. Colomberti hizo un gesto con su fisonomia admirablemente cómica.

Me despedí de él, deseándole muchos triunfos, los cuales tiene mérito para obtener, y diez minutos despues volvimos á entrar en la fonda mis carabineros y yo en el mismo orden con que habiamos salido.

Al dia siguiente nos pusimos en camino al rayar el dia. A eso de las once vimos el lago Trasimeno. Al medio dia llegamos á la frontera.

No hay buena compañía que no sea preciso abandonar, decia el rey Dagoberto á sus perros. Habia llegado el momento de separarme de la trailla pontificia. El carruaje se detuvo exactamente en la linea que separa la Toscana de los Estados romanos. Se apearon los dos carabineros, se quitaron el sombrero, y mientras el uno me enseñaba el límite de los dos territorios, el otro me leia el decreto ministerial que me condenaba á cinco años de galeras si volvía á ocurrírseme el capricho de poner el pié en territorio de Su Santidad. Le di cuatro escudos por su trabajo, encargándole, sin embargo, entregase dos á su camarada, y cada uno de nosotros tomó su camino, ellos sumamente encantados de mí, yo libre de su presencia.

Al día siguiente por la noche llegué á la ciudad de Florencia.

Cuatro días despues recibí una respuesta del marqués de Tallenay. El papa habia sentido extraordinariamente lo que acababa de sucederme y habia tenido la bondad de informarse inmediatamente de las causas de mi arresto.

He aqui lo que habia sucedido :

En el momento de mi partida de París, algun Soval romano habia escrito que el señor Alejandro Dumas, ex-vicepresidente de la junta de recompensas nacionales, miembro del Comité polaco, y ademas autor de *Antoni*, de *Angela*, de *Teresa* y de otra multitud de obras no menos incendiarias, estaba á punto de partir con una mision de los republicanos parisienses para revolucionar á Roma. En su consecuencia, se habia dado la orden inmediatamente de no dejar pasar la frontera romana al señor Alejandro Dumas, y si por casualidad la pasaba, volverlo á conducir con toda premura al otro lado de ella.

Desgraciadamente, como se me esperaba por el camino de Sienna, se dió la orden en todas las paradas de dicho camino.

Peró como se ha visto, llegaba yo por el camino de Perusa, y por eso se me dejó pasar tranquilamente.

A mi llegada á Roma dieron parte á la policia : la policia dió orden para que se me vigilara ; pero como durante mi permanencia en la capital de los Estados pontificios no cometí ningun atentado ni contra la moral, ni contra la religion, ni en politica, se creyó que acaso valia yo mas que la reputacion que me habian hecho preceder, y me dejaron tranquilo ; pero no obstante, no tuvieron la prevision de revocar la orden dada.

Este descuido de que debia ser victima al ir, fué lo que me hizo serlo al volver.

Esta esplicacion iba acompañada de una nueva invita-

cion de Su Santidad para volver á Roma, y de la seguridad de que se habia dado orden para abrirme las puertas de par en par.

Y hé aqui como partiendo para Venecia, habia llegado á Florencia,

FIN

INDICE

TOMO SEGUNDO

PARTE SEGUNDA.

I. — La villa Giordani	1
II. — El muelle	36
III. — La tumba de Virgilio.	43
IV. — La gruta de Pouzsoles. — La gruta del Perro.	72
V. — La plaza del Mercado.	82
VI. — La iglesia del Carmine.	93

VII. — El matrimonio en el patíbulo.	112
VIII. — Pouzzoles.	141
IX. — El Tártaro y los Campos Eliseos.	151
X. — El golfo de Bayes.	162
XI. — Una corriente de aire en Nápoles. — Las iglesias de Nápoles.	173
XII. — Una visita á Herculano y Pompeya.	184
XIII. — La calle de los Sepulcros.	194
XIV. — Anuncios.	209
XV. — Casa de Fauno.	221
XVI. — El gran mosaico.	231
XVII. — Visita al museo de Nápoles.	246
XVIII. — La pesadilla del rey Fernando.	257
XIX. — La posada de Santa Agueda.	269
XX. — Los herederos de un grande hombre.	281
XXI. — Camino de Roma.	307
XXII. — Gasparone.	328
XXIII. — Una visita á Su Santidad el papa Gregorio XVI.	342
XXIV. — De cómo saliendo para Venecia se llega á Flo- rencia.	350

FIN DEL INDICE

